

**La santidad real ama y medita en la Palabra de santidad**

Heb. 12:14

El que es verdaderamente santo ama la Palabra, es impactado y toma en serio la palabra de santidad y pureza: “*Sumamente pura es tu palabra, y la ama tu siervo*” (Sal. 119:140).

Un corazón puro abraza la Palabra de Dios por su pureza. “*Las palabras de Jehová son palabras limpias, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces*” (Sal. 12:6); “*En cuanto a Dios, perfecto es su camino, y acrisolada la palabra de Jehová*” (Sal. 18:30).

También el apóstol Pablo afirma “*De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno*” (Ro. 7:12), pero, ¿qué produjo esta verdad en Pablo? En “*el hombre interior, me deleito en la ley de Dios*”, ¿es esto todo? No, el versículo 25 dice: “*yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios*”. Pablo se deleitaba en la Ley porque ella es santa, y sirve a la ley porque ella es justa y buena.

Una persona santa recibe la Palabra de Dios por su espiritualidad, por su origen divino y por su pureza. “*Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio (es decir, su doctrina enseña el verdadero temor de Dios), permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal*” (Sal. 19:8-10). Estos varios títulos: estatutos, testimonios, mandamientos y juicios se utilizan indistintamente para referirse a toda la Palabra de Dios.

El corazón del santo se deleita en la Palabra de Dios porque es pura y limpia, esa es la dulzura de que habla el salmista. La santidad de la Palabra, y su mensaje santo, son como dulce miel para el paladar espiritual del creyente. No hay beneficio ni placer más grande para el alma santa que la pureza de la Palabra de Dios.

Las personas impías podrán deleitarse en la predicación de la Palabra, no por su santidad o su mensaje santo, sino por la elegancia que reviste a algunas predicaciones. Ellos se satisfacen con la habilidad oratoria de algunos predicadores, su capacidad de comunicar, la creatividad para dar un discurso o enseñar una doctrina. Agustín confesó que antes de su

conversión él se deleitaba escuchando la predicación de Ambrosio, pero era más por la elocuencia de las palabras que por el asunto del cual hablada.

Pero el corazón del santo se interesa más por las verdades transformadoras que contiene una predicación, y no se ocupa mucho de ver si el exponente es elegante en el uso del idioma. Algunos predicadores se ven tentados a convertir la exposición de la palabra en una profesión que procura conseguir la admiración de los demás; otros convierten sus sermones en pura fantasía que busca acariciar los oídos de los oyentes. Muchas personas aplaudirán y alabarán esta clase de sermones llenos de elegancia, así como huelen y admiran un hermoso ramo de flores, pero luego lo tiran a la basura. Estos que alaban al predicador y al sermón, luego rechazan el contenido de la predicación.

Es común que una persona enferma, y también los que están sanos, cuando se sienta en una mesa decorada con gran variedad de platos saludables, pasará por encima de las ensaladas y vegetales, picando aquí y allá sobre las cosas fritas, grasosas, dulces y otras comidas que tienen poca o ninguna sustancia en ellas. Lo mismo sucede con los corazones impíos, cuando Dios ha preparado su mesa, con un banquete de manjares suculentos para sus almas a través del ministerio de la predicación de la Palabra; qué fácilmente se pasa por encima o se desechan las verdades sólidas, firmes y nutritivas que el predicador expone; para ocuparse en la recolección de algunas frases acuñadas, o algunas expresiones pintorescas, o de algunas ilustraciones llamativas. Sus corazones están enfermos y no les interesa buscar lo más alimenticio en el sermón.

Los israelitas no estaban satisfechos con la dieta sana que Dios les suministraba a través del maná, ellos buscaron la apetitosa carne de codorniz, pero mientras la comían, la ira de Dios descendió sobre ellos. Lo mismo sucederá con aquellos que prefieren escuchar predicaciones que halagan el corazón y ofrecen rápidas soluciones para que se disfrute de este mundo; mientras ellos escuchan, la ira de Dios los alcanzará, porque no están interesados en el nutritivo mensaje de santidad.

Pero el santo, saborea y disfruta la Palabra, ella lo afecta y lo impacta, y él la toma en serio porque es una palabra sagrada, importante, pura, limpia; porque es una palabra que engendra y nutre la santidad; porque la predicación santa aumenta la santidad en él.

Ahora nos debemos preguntar: ¿Cómo una persona sabe si ama o no la Palabra por su santidad?

Podemos dar varias señales para que examinemos nuestro corazón y revisemos si amamos la Palabra y la predicación, por sus asuntos menos importantes, o por el contenido santo y confrontador de la misma:

**Primero, el santo ama y toma en serio toda la Palabra de Dios**, es decir, así como disfruta las promesas, también toma en serio los mandamientos y las amenazas que ella contiene. Toda la ley de Dios es sagrada, cada estatuto es una ley santa, cada orden es una orden sagrada, cada promesa es una promesa sagrada, cada exhortación es una exhortación santa; por lo tanto, el que ama la Palabra de Dios como una palabra sagrada, amará cada una de sus partes, porque todas son sagradas. Amará la ley de Dios, así como ama sus benditas promesas. Amará sus palabras de juicio, así como ama las palabras de esperanza.

La persona santa no tendrá preferencias por ningún pasaje de la Biblia, sino que se deleita en toda ella. Cada libro de la Biblia es santo, cada capítulo es sagrado, cada versículo es de interés absoluto, cada línea es santa, cada palabra es sagrada. El que ama un capítulo porque es un santo capítulo, amará cada versículo como un verso sagrado. El que ama cada versículo por ser santo, amará cada línea y cada palabra de ese santo verso.

En todos los mandamientos sencillos el piadoso lee la santidad, así como en cada mandamiento difícil. En los mandamientos cómodos lee la santidad, así como en los mandamientos que requieren más trabajo. Por lo tanto, él ama a todos los mandamientos, los abarca a todos, y se esfuerza por obedecerlos.

Un corazón santo no se atreve a disputar con ningún mandato de la Palabra de Dios, ni los mirará como algo injusto o irrazonable, o incompatible con el contexto social o digno de una ligera modificación para adaptarlo a las nuevas y progresistas concepciones de creyentes liberales y amantes de sí mismo.

Por el contrario, los corazones impíos, aunque pueden por algún tiempo disfrutar de algunas partes de la Palabra de Dios, ellos están dispuestos, como Judas, a traicionar y crucificar otras partes de la misma Palabra.

La Biblia entera no es más que una carta de completo y perfecto amor que Cristo envió a su amada esposa en la tierra. Cada letra de esta carta de amor está escrita en oro, y por lo tanto, un corazón santo ama cada línea de esta carta. En esta carta de amor podemos leer abundantemente del amor de Cristo, el gran corazón de Cristo, la bondad de Cristo, la gracia de Cristo y la gloria de Cristo; un corazón santo no puede sino amar, deleitarse y tomar en serio este glorioso mensaje. La Palabra de Dios es como un campo, y Cristo es el tesoro que está escondido en él. Debemos buscarlo en cada libro, en cada capítulo, en cada versículo, en cada frase, en cada oración, en cada palabra. Toda la Palabra de Dios es un anillo, y Cristo es el diamante en el anillo, por lo tanto, el corazón santo no puede sino amar y abrazar cada minúscula parte de la Biblia.

Lutero solía decir que él no tomaría o cambiaría una sola hoja de la Biblia por todo el mundo. Y el rabino Chija, en el talmud de Jerusalén, dice que el mundo entero no se iguala en valor a una sola palabra de la Ley santa de Dios.

**En segundo lugar, una persona que ama y toma en serio la Palabra, por ser una palabra santa, siempre es impactado por ella en todo momento y siempre la lleva con él.** Él la ama y se deleita en ella, tanto en la adversidad como en la prosperidad: “*Cánticos fueron para mí tus estatutos*”, sí, pero ¿dónde? – “*en la casa donde fui extranjero*” (Sal. 11).54), en sus peregrinaciones. Los santos se consideraban así mismos como peregrinos y extranjeros en este mundo (Heb. 11:9-10), y en esa diáspora su máximo deleite son los estatutos santos de la Ley del Señor.

Cuando estaba en su destierro, perseguido por Saúl, Absalón y otros, la Palabra de Dios era música para el salmista; fue su motivo de alegría y regocijo; toda su vida fue la de un peregrino y extranjero, un día estaba en un lugar, y el otro día en otro lugar. Pero ningún hombre podía tomar mayor placer, alegría y satisfacción en las más raras y difíciles situaciones, haciendo de la Palabra de Dios su música más selecta, no sólo cuando estaba en el palacio real, sino cuando se encontraba en la casa de su peregrinación.

El que ama la Palabra, y se deleita en su santidad y pureza, encontrará placer en ella ya sea en la salud o la enfermedad, en la fuerza o la debilidad, en el honor o la vergüenza, en la riqueza o la pobreza, en la vida o la muerte. La santidad de la palabra es una santidad

duradera, y así de duraderos serán los efectos que ella produce en el que la ama y la toma en serio por su santidad y pureza.

Hay algunas personas que les gusta oír la Palabra, y piden que se les hable de ella, parecen tener un sincero interés por la Biblia, y en ocasiones se muestran impactados por ella; pero esto lo hacen mientras la Palabra sea algo que no implique costo alguno para ellos, mientras sea agradable, mientras les permita tolerar las cosas mundanas que ellos aman; pero cuando la Palabra se acerca a ellos y descubre su propio pecado y miseria, cuando les muestra que están sin Cristo y sin gracia, sin vida, sin ayuda y sin esperanza; cuando la Palabra les muestra lo lejos que están del cielo y lo cerca del infierno; entonces sus corazones se levantan contra la Palabra y contra el predicador y le gritan: “¡Fuera con él, no nos ha dado un buen día, estamos cansados de tanto predicar y escuchar!” O cuando ellos caen en desgracia, y se levanta la oposición o son perseguidos por causa de la Palabra, entonces se cansan de ella y la abandonan: *“Y tú, hijo de hombre, los hijos de tu pueblo se mofan de ti junto a las paredes y a las puertas de las casas, y habla el uno con el otro, cada uno con su hermano, diciendo: Venid, ahora, y oíd qué palabra viene de Jehová. Y vendrán a ti como viene el pueblo, y estarán delante de ti como pueblo mío, y oirán tus palabras, y no las pondrán por obra; antes hacen halagos con sus bocas, y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia. Y he aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien; y oirán tus palabras, pero no las pondrán por obra”* (Ez. 33:30-32).

En las plazas de la antigua roma la gente se deleitaba escuchando a un diestro arpista o a un músico con grandes talentos, pero cuando sonaba la campana que indicaba la apertura de la plaza de mercado, todos los abandonaban y nadie los seguía escuchando. Así sucede con el impío, él escuchará la Palabra hasta cuando suene la campana del mercado de la lujuria, o el timbre de la ganancia, o la campana del placer, del aplauso y del honor; o la campana del error y de la superstición; o la campana de las teologías que promueven la codicia, el amor propio o la autosatisfacción; de inmediato se apartarán de la dulce música de la Palabra, para seguir cualquiera de las campanas del mundanal mercado.

Pero la persona santa, aquella que disfrutará la dicha eterna de ver a Dios, ama la Palabra por su santidad, es impactada por su pureza, y ningún timbre o campana la alejará de ella.

En aflicción, oposición o persecución no se le puede quitar el amor a la Palabra ni el placer que toma en ella. La causa de su amor es permanente y duradera, por lo tanto, su amor será duradero y permanente.

Esto no quiere decir que el santo, en ciertas ocasiones no se verá más impactado por la Palabra que en otros momentos; pues, hay tiempos en los cuales se disfruta de una manera abundante la comunión con Dios a través de la Palabra, especialmente cuando en momentos de gran crisis el Señor nos habla de paz y consuela el alma por medio de su revelación escrita; o cuando Dios trae seguridad de salvación y gracia a una persona, en una forma abundante, a través de Su palabra. En estas ocasiones un santo se ve impactado por la Palabra de Dios de una forma extraordinaria.

A pesar de que estas ocasiones de extraordinario impacto de la Palabra no se dan todo tiempo, no obstante, siempre encontraremos dos cosas en el cristiano, aún en el peor momento: Primero, en él se encuentra un santo amor por la Palabra; segundo, en él se encuentra un verdadero amor hacia los demás santos.

**En tercer lugar, el que ama la Palabra por ser una palabra santa, limpia y pura, será más impactado con las partes de la Palabra que más le incitan hacia la santidad.**

*“Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo”* (1 P. 1:15-16). ¿No nos impacta esta palabra?

También Jesús dijo: *“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”* (Mt. 5:48). Nuestro *summum bonum* en este mundo consiste en imitar al modelo celestial. Siempre debemos elegir el modelo más perfecto para imitarlo. No hay nada más loable o digno de elogio en un cristiano que esforzarse más y más para parecerse a Dios en la perfección de su justicia y santidad. Es por eso que Pablo dice: *“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos”* (Ef. 5:15-16).

Los cristianos debemos caminar con milimétrica precisión y exactitud. Así como el carpintero trabaja sobre la madera siguiendo con precisión la línea trazada, un cristiano debe caminar por la línea trazada en la Palabra de Dios, debe trabajar para llegar a lo más

alto de la vida de piedad, tiene que ir hasta el límite preciso de cada orden de la Palabra de Dios.

También Pablo dijo: *“Para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo”* (Fil. 2:15). Los hijos de Dios deben ser impecables, es decir, no deben tener un solo punto que sea incompatible con la santidad.

También en Colosenses 2:6 *“Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él”*, es decir, hemos creído en Jesucristo como el Salvador, el Señor, el dador de la Ley, el gobernante, el reinante, el comandante; ahora nuestro gran deber es caminar y vivir a un ritmo creciente de santidad como evidencia de que hemos recibido a Cristo y todo lo que él es.

Lo mismo dice Juan: *“El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”* (1 Jn. 2:6). Los cristianos deben establecer como su modelo a imitar las acciones morales de Cristo. Esto fue lo que él mismo dijo: *“Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis”* (Jn. 13:15).

En la vida de Cristo, un cristiano puede ver las líneas de todas las virtudes que Dios ha trazado para nuestra santidad, por lo tanto, es necesario que ordenemos nuestra vida conforme a este patrón. Caminar como Cristo es andar en humildad, santamente, en justicia, rectitud, mansedumbre, amor, verdad. Es imposible que un santo en esta tierra alcance un caminar tan puro, tan santo, tan irreprochable, tan espiritual y tan divino, como anduvo Cristo.

No se trata de alcanzar la *igualdad* con el caminar santo de Cristo, pero sí de alcanzar el más alto grado de *calidad* en nuestro caminar en medio del mundo. Para caminar como Cristo hay que despreciar al mundo, vivir por encima del mundo y triunfar sobre el mundo. Para caminar como Cristo hay que amar a los que nos odian, orar por los que nos persiguen, bendecir a los que nos maldicen, hacer el bien a los que nos hacen mal (Mt. 5:44-47); en esta tierra no alcanzaremos la igualdad con Cristo, pero si debemos tratar de perseguir la calidad de una vida santa.

Para andar como Cristo caminó en esta tierra es necesario ser paciente, sumiso, agradecido y silencioso en medio de los más viles reproches, aflicciones y sufrimientos: *“Más si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente”* (1 P. 2:20-23).

Una persona piadosa, que toma con seriedad la santidad de la Palabra de Dios, sin duda buscará, estudiará, meditará y tomará con mucha seriedad aquellas partes de la Palabra que más lo incitan a la santidad.

He tratado de despertar vuestro gusto por la Palabra dándoles algunas pocas escrituras que nos hacen incitar más hacia la santidad. Es mi anhelo que sus conciencias hayan sido inquietadas y ahora inicien la búsqueda incesante de más pasajes. En verdad, para una persona santa no hay oraciones, sermones, discursos, conferencias, libros o pasajes de la Escritura que más le impacten y agraden que aquellos que le animan y provocan a la santidad.

En **cuarto lugar**, el que ama la Palabra de Dios por su santidad y pureza, **aprecia altamente a los instrumentos que Dios usa para hacernos crecer en santidad**. Una persona santa aprecia con alta estima a los que predicán el santo evangelio: *“Cuando Pedro entró, salió Cornelio a recibirle, y postrándose a sus pies, adoró. Más Pedro le levantó, diciendo: Levántate, pues, yo mismo también soy hombre”* (Hch. 10:25-26).

Los predicadores piadosos no persiguen el reconocimiento o gloria de ningún hombre, pero los santos desarrollan una alta gratitud para con los que les predicán la Palabra de Dios. *“Y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo, antes bien, me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús”* (Gal. 4:14).

Aunque los predicadores piadosos no se imponen ante las congregaciones ni buscan la adoración de sus oyentes, el corazón santo amará con gran estima a los que predicán la santa Palabra de Dios. *“¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del*



*que dice a Sión: ¡Tú Dios reina!! (Is. 52:7).* Si los pies de los que traían buenas nuevas eran tan deseables, amados y honorables; a pesar de que estaban sudorosos, polvorientos y sucios por el viaje a través de los montes; entonces, ¿Cómo serían de apreciados sus rostros y su mensaje?

También Pablo dijo: *“Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra” (1 Tes. 5:12-13).* El trabajo de los predicadores es llevar las almas a Cristo, y mantener a Cristo en las almas. Su trabajo es llevar a las almas de las tinieblas a la luz, de la potestad de Satanás a Jesucristo (Hch. 26:16-18).

Indudablemente, entre más una persona es impactada por la santidad de la Palabra, más honrará a los santos dispensadores de la Palabra. Ellos saben que su trabajo y vocación es honorable, y por lo tanto, los honran. Ellos saben que si no honran a sus piadosos predicadores, deshonran a Aquel de quien son embajadores, más si los honran, honran al Salvador: *“El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió” (Lc. 10:16).*

Decía el puritano Thomas Brooks, de quien estoy tomando mucho sus apuntes y bosquejos: *“En cuanto a aquellos que desprecian, aunque sea levemente, a los santos y fieles predicadores de la Palabra, creo que ellos están tan lejos de la verdadera santidad así como el infierno está lejos de la verdadera felicidad”.*